

Más de diez mil días, treinta y dos años cubre la correspondencia sostenida entre el mexicano Alfonso Reyes (1889-1959) y el venezolano Mariano Picón-Salas (1901-1965). Un conjunto de documentos arreglados, preparados y anotados por Gregory Zambrano: 36 cartas de Mariano Picón-Salas y 50 de Alfonso Reyes: en un total de 86 misivas se despliega la afinidad y la amistad recíproca. Reyes era 12 años mayor que Picón-Salas. El venezolano le confiesa que “desde que en un día remoto de mi adolescencia, siendo estudiante de Liceo en Mérida, Venezuela, leí por primera vez su prosa en aquella edición de Quevedo de la casa Calleja (publicada en Madrid, en 1917), me puse a seguirle...”. Es decir, a practicar el no fácil deporte de conseguir las ediciones que Alfonso Reyes iba publicando por el mundo, en Buenos Aires, Madrid, Río de Janeiro. Además hay que tener en cuenta que en aquellos años de principio del siglo $\square\square$, la Mérida venezolana era una ciudad aislada de los Andes y que maravilla que la ciudad se las hubiese arreglado. Reyes representaba para Picón-Salas un avatar de Erasmo, de Rotterdam, es decir una inteligencia acostumbrada a cruzar las fronteras materiales, políticas y religiosas y a vivir plenamente en el mundo. Reyes aparecía ante los ojos de Picón-Salas como un “arquetipo de diplomático difícil de imitar” (p. 160). Pero se dibujaba ante todo como un emblema ético y estético: alguien que “siempre nos está aseando el camino”. A su vez, Reyes reconoce en su amigo venezolano un interlocutor, un oído atento y afín, capaz de zambullirse junto con él, en persona o por carta en prolongadas conversaciones memorables en su “piscina intelectual” (p. 112), es decir en la Capilla Alfonsina. Los une la firmeza de espíritu y la voluntad de poner en práctica una “lección apolínea de contención y buen

epicureísmo clásico” (p. 95), como la que Reyes practicaba en *Romances* y afines y que Picón sabe reconocer. Los une el hecho de saberse distintos de “esta gente díscola, desorbitada, movida por tantos demonios, que somos los hispanoamericanos” (p. 95), se sienten ajenos a esa “política criolla que es tan picante como el más amarillo chile mexicano” (89). El desorden, la falta de constancia, la inconsistencia, “la confusión latinoamericana” (72), “la creciente hinchazón y vaguedad criolla” (78), el “rencor inútil”, “los odios callejeros” (92), el camaleonismo orillan a estos amigos de la forma y de la contención armónica a reconocerse. Hay, además, otro plano de afinidades: el nomadismo, la suerte de llevar “una vida de judío errante” y ser como unos pequeños Ahasverus de la literatura, unos condenados del camino de las letras que deben “trabajar con libros prestados” (92). Picón-Salas, le escribe a Reyes desde Chile, lo encuentra en Buenos Aires, lo visita en México, lo recuerda en *Río de Janeiro*, le escribe desde París, Puerto Rico y desde Estados Unidos, como una suerte de Ulises de tierra firme, en una infatigable Odisea que va siguiendo los pasos del Ulises mexicano que ha estado 25 años fuera de México y se encuentra demasiado fatigado para viajar nuevamente. Monterrey en México y Mérida en Venezuela —las querencias nativas de ambos— son ciudades pareadas que están rodeadas de imponentes montañas. Juntos, a lo largo de los años, van afianzando su amistad al socaire de proyectos comunes: a veces realizados, a veces no, pero inevitablemente movidos por el entusiasmo intelectual y por la conciencia de que Europa está en crisis, y de que hay que salvar a Europa de los europeos. La reticencia ante los reduccionismos ideológicos de izquierda y de derecha y la conciencia de que es preciso practicar una política vertebrada por las jerarquías de la cultura: “la

claridad, gracia, rigor que no excluye el mágico granito de la poesía” (92), “vértebra de esa responsabilidad de la inteligencia” que diría el sociólogo español, traductor de Max Weber, José Medina Echavarría.

Uno de los proyectos que los afina es el de aquella “Historia morfológica, aquella especie de geología de la Historia con sus perfiles y estratificaciones” (108). A la que se refiere Picón-Salas, ¿alude una variedad de historia de las formas de la cultura y de la civilización hispanoamericanas? ¿A una suerte de “constelación en movimiento” de la historia cultural latinoamericana?

Esta búsqueda de las formas propias en que se encauza y vierte la historia de la cultura en las Américas, no podría prescindir de la búsqueda de un idioma propio y ambos se afirman en el cincel de una prosa que se depura en certeras filigranas. Para el que sepa leerla, la correspondencia entre Reyes y Picón arroja luz sobre los ritmos y los impulsos a la escritura de cada uno.

Alfonso Reyes le confiesa a Mariano Picón-Salas que cuando no se deja atrapar por un proyecto mayor, su vocación hacia la escritura se manifiesta en brevedades y páginas aunque redondas, concisas. A Picón-Salas lo zarandea un ritmo que lo lleva de una “madrasta” que es la enseñanza en liceos y escuelas secundarias a otra: los servicios en la burocracia o en la diplomacia. El hilo conductor de ambas vidas es la escritura y la lectura.

Reyes, entre tanto, no se queja, soporta un ritmo intenso de vida y novida administrativa en El Colegio de México y en los trabajos forzados que se ha impuesto para sacar adelante, libro a libro, sus obras. Hay un momento en la correspondencia, cuando Picón-Salas dirige la plana cultural de *El papel literario* de *El Nacional* en que vemos a Reyes como un joven eufórico enviándole artículos a su corresponsal para que se

publiquen en Caracas: comprobamos que en esos años de 1953-1954 Reyes se entrega a una actividad prodigiosa, casi inverosímil: Picón, más joven y circunspecto, no le va a la zaga.

En el trasfondo de este comercio literario y editorial, se va dibujando al filo y al ras de la conversación escrita una cierta idea de América. Desde lo que José Lezama Lima llamaría el ceremonial de la conversación, estos hermanos de tinta y papel van dibujando el paisaje de una América recíproca y responsable. Vuelven, bajo la pluma de Picón-Salas, las imágenes y las referencias medievales y renacentistas, Alfonso Reyes viene a representar, en ese horizonte de dificultades e inestabilidades, una suerte de autoridad superior, ya no sólo Erasmo, sino algo más: “tiene usted que aceptar esa responsabilidad de ser el primer hombre de letras de nuestro continente, lo que significa que, para muchas cosas, tengamos que pedirle el *Nihil obstat* que otros solicitarían del superior eclesiástico”.

Se viven como en un monacato primitivo, a veces errante, a veces amenazado o asediado. Los vemos cumplir el santo deber de la correspondencia como quien acude a pedir la comunión y a compartir, a través de las misteriosas letras, el pan del pensamiento y de la contemplación: ¿Quién le diría a Reyes que hacia 1918 o 1919 —Picón-Salas no lo recuerda bien—, una página de su prosa iba a impresionar poderosamente a un joven que vivía en los Andes venezolanos, y un amigo suyo, dispuesto a toda devoción y a todo servicio, que sería luego antes de conocerle? (p. 156-157)

La frase recuerda incluso mucho a un poeta aquel pensamiento a quien se consideraba salvado por el hecho de que un joven, en una remota ciudad de provincia, se supiese sus poemas de memoria. En la “profesión de la palabra” y de la solidaridad intelectual que se desprende de las páginas de esta correspondencia, parece cifrarse,

como en un espejo enigmático la luz, de nuestro americano porvenir.

Mariano Picón-Salas es un historiador de la cultura de peso completo: historiador de las letras, historiador de la sensibilidad, historiador de la arquitectura y del urbanismo, historiador de las ideas, historiador sin más. Aspira Picón-Salas a figurar una armadura teórica, una conceptualización apta para dar cuenta del proceso de formación, desarrollo y crisis de la herencia obstinada, de la herencia híbrida y por lo mismo huérfana de esta América nuestra, que a cada paso, se pone frente al espejo y se pregunta por su identidad, por su constitución,

en las diversas acepciones de la palabra. Un ejemplo de este oficio del historiador de la cultura es: *Gusto de México* (México, 1952), un librito hospitalario de menos de 100 páginas que se presenta con la apariencia inofensiva de una recopilación periodística. En realidad, los 25 textos que lo componen presentan ante el lector un calidoscopio temático que abarca letras, pintura, vida cotidiana, paisajes, cocina, cementerios y un poco de política, una nuez que se compendia en lo que podríamos llamar el “método Picón-Salas”. Un método que le viene de sus lecturas europeas: Jacob Burckhardt, Arnold Weber, Georg

CABALLERÍA

TÍTULO: *Odiseos sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes (correspondencia 1927-1959)*

AUTOR: Gregory Zambrano (comp.)

EDITORIAL: UANL

AÑO: 2007



ALFONSO REYES Y MARIANO PICÓN-SALAS: *vidas paralelas del humanismo errante en América*

Simmel, Edward Gibbon, Gobinau, Taine, pero también —y eso es lo trascendente— los autores modernos y por supuesto clásicos de la lengua española como Quevedo, Gracián, Unamuno, Cajal, Ganivet, Ortega y para volver al tema, José Martí, José Enrique Rodó, Justo Sierra, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.

Vagamente preocupado por encontrar en las letras un camino

de fundación para la ciudad criolla e hispanoamericana, Picón encuentra desde muy joven en la prosa y la poesía de Alfonso Reyes, un espacio de cortesía inteligente y de amenos ceremoniales espirituales que le resultará permanente lección de vida y arte intelectual.

Adolfo Castañón

ALFONSO REYES:

Lecturas y relecturas del Quijote



TÍTULO: Alfonso Reyes lee El Quijote

AUTORES: Adolfo Castañón y Alicia Reyes (comp.)

EDITORIAL: El Colegio de México

AÑO: 2008

Comentar un libro de Alfonso Reyes es una tarea siempre grata, porque grata suele ser la lectura de sus páginas y porque es frecuente que este ejercicio de leer nos conduzca a pretender identificar en su prosa ciertas claves relacionadas con el equilibrio, la elegancia y la certeza con que se va elaborando y constituyendo el discurso mismo. Sin embargo, en el proceso de la lectura de sus textos

sorprende que estos tres elementos vayan siempre unidos, y puede ser que no atinemos a separar unos de otros, por no poder establecer si la certeza de su pensamiento que valoramos en estos escritos, se manifiesta sólo gracias a la lógica de lo expuesto, o bien porque además se ofrece en la elegancia con que se escribe el lenguaje, o quizá porque ambas, la certeza y la elegancia, se ofrecen al mismo tiempo que el transcurso

sostenido del equilibrio de todos los factores puestos en juego para la construcción de su escritura.

El libro que ahora nos reúne no escapa a estas consideraciones, y puesto que los textos compilados por Alicia Reyes y Adolfo Castañón, son páginas dedicadas a la obra de Miguel Cervantes de Saavedra, escritas por Alfonso Reyes a lo largo de los años, establecen además la aceptación del viejo dicho, que afirma que es más difícil escribir literatura sobre la literatura, que literatura sobre la vida. Pero Alfonso Reyes, que se pasó la suya escribiendo, se aplicó por igual sobre la literatura y sobre la vida, y estas páginas dedicadas a la obra de Cervantes y en particular a su inmortal novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, son testimonio fehaciente de la virtud que le permitió identificar los valores primordiales de la vida y reconocerlos en las obras literarias, haciendo al mismo tiempo el camino inverso, que permite juzgar y entender la literatura desde los valores esenciales de la vida.

Como lo explica la “Advertencia” de Adolfo Castañón al frente del libro, además de los muchos datos complementarios que se ofrecen en sus páginas, como la bibliografía cervantina existente en la biblioteca de Alfonso Reyes, y las muchas y pertinentes notas de pies de página que permiten al lector ubicar correspondencias y relaciones de los textos del propio Alfonso Reyes con las obra cervantina, el libro que nos ocupa ofrece tres tipos de compilación. La primera, dividida en dos partes, contiene artículos y ensayos breves sobre Cervantes, su obra, y algunos comentadores de ésta, y además dos ensayos de mayor extensión, ambos escritos el año de 1947 pero publicados en fecha posterior, que son “Quijote en mano” y “De un autor censurado en *El Quijote*: Antonio de Torquemada”, el primero publicado en *Ancorajes* (1951) y el segundo por la Editorial Cultura, con 79 páginas

(1948). A esta primera compilación se agrega un poema escrito en 1943. La segunda compilación recoge como Apéndices cinco cuentos entresacados de los “Coloquios satíricos” de Torquemada, y del mismo autor, y cuatro fragmentos del “Jardín de flores curiosas”. La tercera y última compilación ofrece 141 fragmentos de Alfonso Reyes sobre el *Quijote*. Debe entenderse que no son todos, pero estos demuestran la constancia de Reyes en ocuparse de Cervantes y su obra en los muchos años en que se escribió la suya. Estos fragmentos, por ser tales, son menciones de paso o juicios referidos al autor del *Quijote*, pues como lo afirma el propio Alfonso Reyes en el fragmento número 11, que procede de *El Cazador*: “la afición a Cervantes se confunde con la afición a las letras mismas”.

El conjunto de los fragmentos es una miscelánea, y por lo mismo esconde tesoros que siempre es agradable descubrir, como el llamar al *Quijote* “selva de invención”, a propósito de la moralidad que, escribe Alfonso Reyes, “se halla esparcida como el sol y el aire en las llanuras del *Quijote*” (Fragmento núm. 24). O este otro (núm. 44), donde afirma que “Media España es solemne, y tiende a fijarse: la sabiduría se hace refrán, el sentimiento se vuelve copla, el estilo se transforma en molde culterano”. O finalmente los pregones madrileños, escritos en 1915, en sus años de Madrid y mucho más tarde publicados en *Cortesía*, 33 años después, en 1948. Los pregones madrileños dicen: “Vendo unas anotaciones / a las obras de Cervantes / que si tan ociosas antes, / son tan inútiles hoy. / ¡Y a la cala las dos!”. En otra cuarteta, no incluida aquí, continúa Reyes: “Traigo un serón hasta el tope / de picones-cotarelos / para no decir blasfemias, / y es que ofrezco buen arrope, / pepitorias y buñuelos / de academias”. Estos pregones se referían a Don Jacinto Octavio Picón, novelista y por aquellos años bibliotecario de la

Academia y a Don Emilio Cotarelo y Mori, secretario perpetuo de la Real Academia Española. Mencionamos estos pregones porque tres años después, en 1918, en una nota muy breve publicada ese año en la *Revista de Filología Española*, ésta sí recogida en la primera compilación de artículos y ensayos breves, hace suyo Alfonso Reyes el comentario de José Enrique Varona, de que “la mejor manera de honrar al autor del *Quijote* [...] es no aumentar la ‘secta de los cervantistas’, sino acrecer el número de lectores de Cervantes”, añadiendo el propio Varona: “Cervantes escribió a derechas; no subamos en zancos a sus lectores”. Y concluye Reyes: “Esta nota representa el legítimo punto de vista de la mayoría de los lectores”.

Con el paso de los años, Alfonso Reyes fue inclinándose a escribir textos breves. Ya había dejado muy atrás la ardua tarea de escribir notas extensas y sistemáticas, periodo que se prolongó por mucho tiempo y podría quedar comprendido, tentativamente y sólo de manera aproximada, entre los años 1941 y la primera mitad de los años cincuenta. Aquí estarían reunidos los libros dedicados a la teoría y a la crítica literaria, al menos cinco volúmenes. Además, todos los dedicados a Grecia (filosofía helenística, mitología, religión, héroes, poemas homéricos y muchos temas más, incluido el traslado al español de la *Iliada* en su primera parte), quizá no menos de diez volúmenes. Los escritos en los primeros años de la década de los cuarenta, obedecieron a un reclamo que le hizo desde Buenos Aires su amigo Pedro Henríquez Ureña, que lo impulsaba a escribir libros sistemáticos, abandonando los libros armados con textos de diversa procedencia e intención. Pero Alfonso Reyes, si bien atendió el interés de su amigo, nunca dejó de escribir los ensayos y prosas breves que se desprendían de la tarea cotidiana. Así concibió los textos titulados

“Las burlas veras” que en mayo de 1954 empezó a publicar en *Revista de Revistas*, que fue donde aparecieron algunos de sus textos juveniles el año de 1912. El título lo explica Reyes diciendo que es “para dar a entender que ya trato en burlas o ya en veras, pero que mis retozos llevarán un grano de verdad o, inversamente, mis verdades procurarán no ser muy adustas. Conforme más se estudian las cosas, mayor es el afán de exponerlas en unas breves y sencillas palabras”. Alfonso Reyes llegó a escribir 230 de estas “Burlas veras”, sólo publicó 200 y de las 30 restantes, no recopiladas, se retiraron tres para el volumen de Ficciones y las 27 restantes pasaron, junto con todas las anteriores, al volumen XXII de las Obras Completas. He incorporado esta explicación porque una de las “Burlas veras” quedó recogida en este libro. Es la número 163 y se titula: “En un lugar de la Mancha”. Quizá con algunos de los textos de Alfonso Reyes ocurra, aunque en otro sentido, lo que él afirmó que sucedía con *El Quijote*: no hay dos lectores que hayan leído el mismo libro, pues cada uno lo interpreta de manera distinta. En el caso de Reyes y particularmente en sus textos breves, cada lector puede tener su propia apreciación. Yo considero que “En un lugar de la Mancha” es el más bello de los textos compilados en el libro que ahora se presenta. Tiene apenas 15 líneas y logra atrapar en ellas una visión cabal de la novela de Cervantes. Su brevedad me permite incluirla completa para los lectores de estas líneas:

Todo eso del morrión, la celada, el salpicón, los duelos y quebrantos y demás lugares léxicos, leedlo en las notas de cualquiera buena edición, que no he de repetirlo aquí. Lo que no importa —¿nadie os lo ha dicho, por imposible que parezca?— es percatarse de que, en el solo primer capítulo, se opera la metamorfosis,

y el pobre hidalgo sarmentoso y seguramente mal surcido va como cubriéndose bajo sucesivas capas de mito. La imaginación lo envuelve y transfigura, la fantasía lo va dirigiendo, lo saca de la avara y gris realidad y lo vuelca al fin sobre el mundo de la quimera. Ya es nada menos que “Don Quijote de la Mancha”. Todo objeto o motivo se irisa como una ceja de luz, y el caballero va trocando en oro cuanto palpa, cuanto nombra siquiera. Henos ya en la locura, en la heroicidad.

Per me si va tra la perduta gente.

Este trozo nos muestra, en su brevedad, la transfiguración del personaje y la puesta en marcha de la ficción. Aquí asistimos al surgimiento de Don Quijote, al increíble acontecimiento que transforma al “hidalgo sarmentoso y mal surcido”, en alguien poseído por la heroicidad. Todo es producto de la imaginación, pero al mismo tiempo es la realidad novelesca en la que va a desenvolverse el nuevo personaje. El hidalgo lector se convierte en caballero andante. ¿Cómo se realiza este prodigio? Simplemente por el poderío de la imaginación, como se dijo antes. Esta fuerza alimentada por la lectura hará posible la transformación. Este es el primer impulso que hará posible la transportación, pues al convertirse en caballero andante es llevado a un mundo de ficción pero en la misma tierra de la Mancha. Modificar la personalidad no es cosa fácil. Puede lograrse gracias a esta concepción novelesca que apunta ya en sus páginas su moderna visión del personaje que se hace a sí mismo, ante los ojos sorprendidos del lector. Es pues una metamorfosis que se hace en el primer capítulo de la novela, y así podemos asistir al prodigio de ver cómo se va transformando el pobre hidalgo, porque su frágil naturaleza humana “va cubriéndose —dice Alfonso Reyes— en sucesivas capas de mito”. No es un cambio súbito, pues la

imaginación actúa en un proceso que va trastocando la cotidiana figura del pobre hidalgo, mediante el poderío del mito, adhiriéndose al personaje y dando paso a su transformación. Y así, continúa Alfonso Reyes, “la imaginación lo envuelve y transfigura, la fantasía lo va dirigiendo”. Y cuando este misterioso y singular proceso concluye, es decir, cuando ya se ha cumplido el abandono “de la ‘ávvara y gris realidad’, cuando la fantasía logra sacarlo de ahí, el hidalgo traspone esa realidad y lo deja, dice Reyes: “lo vuelca al fin sobre el mundo de la quimera”. Así es como el mito, la transfiguración, la metamorfosis, la imaginación y la fantasía hacen posible la cabal conversión, desde la “ávvara y gris realidad” hasta el portentoso mundo de la quimera.

Y todo esto ¿qué significa? Significa, nada menos, que “el pobre hidalgo sarmentoso y seguramente mal surcido”, ya es nada menos que Don Quijote de la Mancha. Lo que sigue a esta transformación es otra más, pues ahora el mundo de este caballero andante nada tiene que ver con el mundo del cura, el barbero, el ama y la sobrina. Ellos pertenecen al mundo que ha abandonado Alonso Quijano. Éste ya no es quien era y tampoco habita aquel mundo, pues como ya quedó dicho, ahora es Don Quijote de la Mancha. Y como si esta transfiguración, a la que hemos asistido en el primer capítulo de la novela, no fuera suficiente para maravillarnos, presenciamos la otra, que ahora complementa la primera, pues ambas van inevitablemente unidas en esta historia. Y Alfonso Reyes, con su prosa cargada de belleza y elegancia, nos ofrece el testimonio de lo que este nuevo caballero andante es capaz de hacer en el mundo que ahora habita: “Todo objeto o motivo se irisa como una ceja de luz y el caballero va trocando en oro cuanto palpa, cuanto nombra siquiera”. Tal maravilla se manifiesta porque el personaje está instalado en

la fantasía, en el mundo de la quimera. Tan sorprendente cambio permite a Reyes concluir con la sentencia final de este breve texto: “Henos ya en la locura, en la heroicidad”. Las dos son ya lo mismo, pues la locura es la heroicidad y a la inversa, ésta es también aquélla.

Con tal conclusión, como pueden percatarse los lectores de Alfonso Reyes, el personaje en el que se ha transformado el viejo hidalgo, no es el único que vive y actúa en el ámbito de la heroicidad y la locura, sino también nosotros, y el propio Alfonso Reyes, es decir, todos los lectores de esta sorprendente novela, acompañamos al caballero de la triste figura, pues el verbo utilizado en esta frase final está escrito en primera persona de plural: “Henos ya en la locura, en la heroicidad”. Sin embargo, falta añadir que esta frase final tiene todavía otro complemento unido a la expresión última. Esta última frase no es de Cervantes ni de Alfonso Reyes, pero es éste quien la incorporó a su texto: es el tercer verso del primer terceto del Canto Tercero del “Infierno”, de *La Divina Comedia*, de Dante: “Per me si va tra la perduta gente”.

Un traductor dice: “por mí [se va] a vivir con la perdida gente”. Otro dice: “por mí se va hacia la raza condenada”. Podría entenderse que Alfonso Reyes incorporó este verso para hacer ver cómo, acompañando al caballero andante gracias a la complicidad de la lectura, todos asistimos y participamos de su locura heroica.

Agradecemos a Alicia Reyes y a Adolfo Castañón esta oportunidad que nos brindan de poder leer, de conjunto, todo lo escrito por Reyes sobre Cervantes y su obra. A este libro podría aplicarse, sin duda, lo que el mismo Alfonso Reyes dijo sobre *El Quijote*: “No sospechamos el caudal de inspiración que encierra un libro, y más cuando es un libro bueno.”

Alfonso Rangel Guerra

Hijos de Joaquín



TÍTULO: *Los privilegios del monstruo*

AUTOR: Joaquín Hurtado

EDITORIAL: Ediciones Intempestivas

AÑO: 2008

Si hay en la historia de la literatura regiomontana una generación de escritores regiomontanos que merezcan el título de “los transgresores”, esa es, sin duda, la generación de los autores nacidos en la década de los sesenta, años más, años menos. En buena parte, los escritores jóvenes de nuestra entidad y acaso los decanos a esta generación, deben de reconocer que somos producto de las obras y visiones de estos autores que empezaron a realizar una radiografía de la ciudad y un análisis de lo regiomontano.

La narrativa reciente en nuestra ciudad, sin duda, ha crecido de la mano de obras de autores tan disímiles pero con calidad innegable como las escritas por Héctor Alvarado, David Toscana, Patricia Laurent Kullick, Hugo Valdés, Dulce María González y Eduardo Antonio Parra, sin omitir a Felipe Montes, Pedro de Isla y Joaquín Hurtado. Todos ellos han logrado lo que generaciones anteriores nunca pensaron y han dejado la barra muy alta, digamos, para el trabajo de las generaciones posteriores que ya buscan un sitio entre ellos.

De entre todos ellos llama la atención la personalísima voz de Joaquín Hurtado, construida ya a lo largo de diversos libros, entre ellos *Guerreros y otros marginales*, *Laredo Song*, la magistral *Crónica Sero* y *La dama sonámbula*. En su más reciente libro, *Los privilegios del monstruo*, editado por Héctor Alvarado y Livier Fernández dentro de su proyecto independiente de Ediciones Intempestivas, Joaquín Hurtado presenta una colección de cuentos que son en realidad una antología de personajes impulsivos, abandonados de sí mismos, inmersos en el lado esperpéntico de la vida y con una sexualidad tan imprecisa y violenta como el medio que los rodea.

El libro abre con el cuento “El cumpleaños del gato”, la historia de un joven que no pasa de los dieciocho años y es el encargado de la banda de secuestradores para entregar a un padre a su hijo secuestrado. Contada en primera persona, este cuento revela la capacidad de Joaquín Hurtado de simplemente tomar un personaje y literalmente esnifarlo para presentarlo ante el lector con toda su carga psicológica y con una jodidez

al mismo tiempo perturbadora y sorprendente.

A partir de este relato que presenta ya la atmósfera por donde llevaremos la fiesta, desfilan jefes ojeteros que se cogen a empleadas con la ayuda de achichincles calenturientos, taxistas que consiguen jóvenes “quintos” a importantes personajes del gobierno, orgías que suceden en los momentos más inesperados y mecánicos que planean la violación de una chiquilla de doce años porque total, ellos son muy hombres y la guerra esa es una calentaparches.

Lo sexual es sin duda, uno de los temas importantes del libro, pero definir *Los privilegios del monstruo* como un catálogo de versiones y diversiones del acto sexual sería una manera fácil de evadir éste o los otros libros del mismo autor. Los cuentos de Hurtado son una disección salvaje de la sociedad, presenta a sus personajes cercanos a sus instintos, lejos casi todos ellos de toda intelectualidad que no sea la ley del “agencie”, del agenciarse a lo otro por lo que sea y como sea, tal como dice en el cuento de “Aquí donde no existo”, donde unos de los personajes tal parece que define al resto de los personajes al decir: “La razón es un lujo que me está vedado”.

Los personajes de Joaquín, siempre están buscando qué se traen consigo, qué arañan de los otros mientras se pierden, siempre con tal de satisfacer sus deseos. Lo mismo el taxista que se agencia una reputación con el amigo de los políticos a quien les lleva jovencito quintos “de la UdeM o del Tec, mejor” o el esposo perfecto que tiene un amorío con su ahijado, los personajes de Hurtado siempre están llenando las apariencias, jugando con ese doble fondo que tienen las cajas de los magos, y mientras pierden y ganan como si entraran a la avidez de un cuarto oscuro.

Al final, Joaquín guarda lo mejor de sus repertorios, una serie de

relatos breves de parejas que buscan jovencitos para acostarse con ellos y vivirlos en todas las maneras posibles: jovencitos púberes acurrucados entre su desnudez compartida.

Los privilegios del monstruo es, sin duda, un privilegio que el autor le concede a sus lectores. Una obra que no se anda por las medias ramas ni con el absurdo del cagatintas intelectual. Es un privilegio ser lectores de Joaquín Hurtado. Siempre nos presenta a sus

hijos sin enjuiciarlos ni omitirlos aunque sean monstruos que nos abrazan y nos seducen con la mejor de sus armas: el lenguaje narrativo y literario que está al ras de la gente, acaso la mayor sorpresa del libro: el refinado lenguaje nuestro, el lenguaje que palpita en nuestras lenguas, en las calles, vivo; un libro escrito a lo regiomontano, sí señor.

Antonio Ramos

EL HUMOR *para salvarnos*



TÍTULO: *Cuentos cortos escritores largos*
AUTOR: Romualdo Gallegos
EDITORIAL: UANL
AÑO: 2008

En las postrimerías de los ochenta, en una de las bohemias que reunía a más de tres advenedizos que soñaban con ser escritores, Romualdo Gallegos sentenciaba: “Solo vale la pena escribir si se tiene algo que decir; pero para saber cómo decirlo, agregaba, hay que escribir, vivir, leer y trabajar mucho”. Ahora, a varios años de distancia Gallegos tiene una sólida historia como escritor local, y en ese recuento bibliográfico, sus lectores recordamos de manera especial una de sus primeras obras, *Nostalgia por los marcianos*, un libro editado en aquella serie que haría época, Abra

palabra, patrocinada por el municipio de Guadalupe y en la que publicaron autores como Margarito Cuéllar, Guillermo Berrones, Arnulfo Vigil, Hugo Valdés, Dulce María González, Guillermo Meléndez, Gabriel Contreras, Julio Cesar Méndez y Patricia Laurent Kullick, (autores que con el tiempo se convertirían en la estirpe literaria de estas tierras), cuando Heriberto Dante Santos, nuestro amigo y buen promotor de la literatura, era el Director de Cultura.

Recordamos ese libro porque en él, Gallegos inaugura su propio estilo, un carácter antisolemne,

desenfadado, crudo y revelador que lo ha significado como uno de los escritores más comprometidos con el oficio. Todavía hoy evoco con nostalgia aquel “Tour de la Ruta 2”, cruzando la ciudad en un día soleado. Al igual que este cuento, tanto en el género narrativo, con títulos como “El zorro, Miss Mundo y un vecino que no dijo su nombre” (1996) y “El operador y otros relatos” (2002), como en el género poético, con el poemario *Didácticos y pedagógicos*, el escritor recurre al sarcasmo y la ironía, como recursos para reírnos compadecida y resignadamente de los otros y de nosotros mismos, haciendo del humor el antídoto para sanar la locura de aceptar que formamos parte de una realidad absurda, subdesarrollada y muchas veces incomprensible.

En nueva obra, presentada por la UANL en el marco del 75 aniversario de su fundación, *Cuentos cortos escritores largos*, a través de las historias sobre escritores que han compartido sus aventuras, Romualdo nos muestra y nos demuestra que sigue siendo fiel a su condición de insubordinado, no obstante las circunstancias y el precio que hay que pagar.

“A mí el Quijote y Sancho Panza me recuerdan a Viruta y Capulina”, dijo un día Romualdo a un maestro que se decía escritor, del cual nunca conocimos su obra, pero que pretendía someterlo. No cabe duda, el humor inteligente tiene mala prensa y buenas venganzas, sobre todo las oficiales, porque el poder le teme al sarcasmo y más cuando son los protagonistas que lo provocan. Así, con un talento sin concesiones que hace del humor el negro espejo que desnuda perversidades y trucos para beber la pócima del éxito en el mundo editorial, Romualdo, como un Quijote entre cruel y valiente, se adentra en la zoología intelectual para despojar al mundo regiomontano de los literatos de su pomposidad, del superficial glamour que los envuelve

y de su solemnidad, mientras él mismo se burla de su propia historia, cuando asegura: “Nací muerto, pero luego cambie de actitud”.

El libro inicia con un prólogo basado en una provocadora entrevista de Gerardo López Moya al autor. Revelador, el apartado merece una atención especial, y vale la pena disfrutarlo porque las respuestas sintetizan de alguna manera la visión del escritor, no solamente sobre los escritores, sino además de otros temas tan vigentes como la lectura, la televisión, los políticos y la propia creación literaria.

Centrados en la obra, *Cuentos cortos escritores largos* nos recuerda un tanto la ironía de Groucho Marx, de Woody Allen y de otros personajes que como Ionesco; a quien Gallegos ha leído, tiene la capacidad de convertir los sucesos ordinarios y cotidianos en agudos textos. Sin embargo; por atractiva que parezca la trampa, hacer humor por medio de la literatura no es aventura fácil, por eso creo en la teoría de que sólo las personas con cierto tipo de inteligencia pueden hacer humor intencionado, y más difícil resulta aún, si hay que hacerlo por escrito.

Alguna vez escuché que uno no escribe lo que quiere sino lo que puede, no se si este sea el caso del autor, pero a lo largo de toda su obra, se percibe una deliberada denuncia contra la frivolidad: “No critico la obra literaria, sino la actitud de los escritores”.

La verdad la tiene Doña Cuca, la loca que se desnuda en el Parque España, los taxistas y los peluqueros. Los intelectuales se pierden en el barroquismo de las tres patas del gato. Esta postura refleja una de las mejores virtudes de Gallegos, develar con historias simples verdades profundas. Ahora les tocó a los escritores porque, dice el autor, estos relatos son una venganza contra la pedantería. Cuando uno lee *Cuentos cortos escritores largos* se cae en la tentación de pensar

que la literatura puede ser una broma sofisticada, un acto de rebeldía, un panfleto para la denuncia o un espacio para desahogar amarguras, y en efecto lo puede ser, sin embargo estas historias nos llevan a entender el lado humano de la parafernalia literaria, que va de la frustración a la mitomanía; del suicidio al fraude; del plagio a la autocomplacencia y del juramento a la conquista. Todo se vale para imponerse a la depresión y alcanzar el éxito, la posibilidad de ser descubiertos por los promotores culturales o por los ignorantes funcionarios que, perdidos en la vorágine del poder, poco les duele el arte o peso social de las letras y de sus autores. Y en esta despiadada inercia se revela la verdad: Los intelectuales son los que cobran, los artistas los que hacen arte. Los escritores los que escriben.

Los escritores y las escritoras, dice Romualdo, desde los consagrados como los del panteón de la literatura, aquel legendario taller fundado por Rogelio Reyes, hasta los malditos y olvidados, publican sus propias revistas, trepan en las torres más altas para suicidarse, duermen en ataúdes y se desnudan en público, seducen a las esposas de sus amigos, son plagiaros autorizados, venden su alma al diablo, escriben literatura gay y se asumen como tales, estafan ancianas, juran que no ocuparán puestos públicos, asaltan bancos haciéndose pasar por epilépticos, conquistan con hermosas piernas, piden escaleras que jamás regresan, no controlan el llanto, leen cuentos de terror que dan risa creando el género del humor involuntario, viven permanentemente en crisis y culpan al demonio de la escritura por sus fracasos. Este es el sumario de la obra de Romualdo Gallegos quien se ríe de los demás como se ríe de sí mismo. Viajero de una generación perdida excepcionalmente descrita en un poema de su autoría, “Los amargosos”, donde afirma:

Pronto cumpliremos los cuarenta
y no hemos conocido Europa.
Empiezan a podrirnos los

[recuerdos
como esos cadáveres que platican
[de cuando eran niños.
Qué caso tiene hablar de la guerra
[que fallamos
la huelga las tetas juveniles que
[besamos
los mítines bajo el acorazonado sol
[de agosto
Para qué publicar un libro de
[memorias
ni un familiar lo compraría

La historia nos sorprendió en la
[peluquería
Occidente gritó ¡Jaque mate!
y el ganador se confeccionó un
[calzón con la bandera
de la hoz y el martillo
Las Alemanias tumbaron el muro
[para odiarse mejor
McDonald's vende hamburguesas a
[cántaros en Rusia
Verónica Castro le ganó las
[vencidas a Lenin
El rey Maradona sucedió a Pelé
La princesa Diana se echó un pedo
[que colonizó Júpiter
¿Y nosotros?

Si ya sé
un día secuestramos un camión
hicimos huelga de hambre diez
[minutos
amenazamos desnudarnos frente al
[palacio de Gobierno

Nadie dijo que somos criaturas de
[agua
Argonautas fuera de tiempo y útero
 Toda armadura nos quedó grande
muy pequeños para el 68
muy grandes para masturbarnos
con el calendario de Gloria Trevi

Si cuando menos hubiéramos
[nacido con un ojo en la frente
algún circo se apiadaría de
[nosotros
Nuestra generación no ha dado un

[ladrón de bancos
un suicida un torero

Fantasmas que no asustan a nadie
cruzamos muros de oficinas

[públicas
Soñamos con sacarnos la rifa del

[Tec una beca al Japón
Cuando ni una amante podemos
[conseguir

Viudos de la historia
pistoleros del tiempo perdido
pugilistas que perdieron en la

[báscula
Amargosos
alcohólicos mamónimos

*Pasajeros con destino al país de los
[recuerdos
favor de abrocharse los cinturones*

Al igual que en este texto, en la obra publicada persiste un cierto desencanto por la vida que refleja la batalla de todos nosotros, y particularmente de los autores que

esperan consolidarse y lograr un lugar importante en la historia literaria regional y nacional. Aunque las historias aluden a la cofradía literaria regiomontana, vale decir que las historias se salvan por sí mismas. Después de todo, sus personajes son el reflejo de la naturaleza humana, sometida y dominada por los fantasmas del éxito y del poder; una trampa mortal que paradójicamente terminara por alejarlos de la literatura misma.

Romualdo Gallegos reivindica así su concepción sobre la literatura, aquella que mencionamos anteriormente, en la que “el oficio es más importante que sus consecuencias”, no obstante que a todos nos guste el reconocimiento. Y él mismo afirma, no sé si irónicamente, “no me molesta ser un hombre anónimo. El anonimato es una forma elegante de pedir que no te molesten”.

La obra omite los nombres de los protagonistas, personajes que seguramente verán la luz pública

en las cantinas alternativas, en las peñas literarias y en las cofradías intelectuales que describen el mágico mundo de la locura literaria en que trasnochan los creadores de la palabra. Para los lectores, desconocedores de este ambiente quizás sea este un texto divertido que les permita conocer algunos secretos del oficio; para los lectores versados en el tema, *Cuentos cortos escritores largos*, representará la búsqueda de sí mismo en esos pasajes de locura compartida descritos por Romualdo, espacios en que los que finalmente nos encontramos como bufones de una realidad donde no hay espacio para la cultura, el arte, ni la literatura.

Ahora está publicado y no queda más que disfrutarlo, pues como dice el incomprendido Romualdo Gallegos, uno de nuestros mejores escritores: “Escritor que come escritor y bebe cerveza es un dolor de cabeza”.

José Enrique Saucedo Tovar



NIÑOS BAJO LOS ÁRBOLES (DETALLE EN CRISIS) / ÓLEO SOBRE TELA / 55 X 67 CM